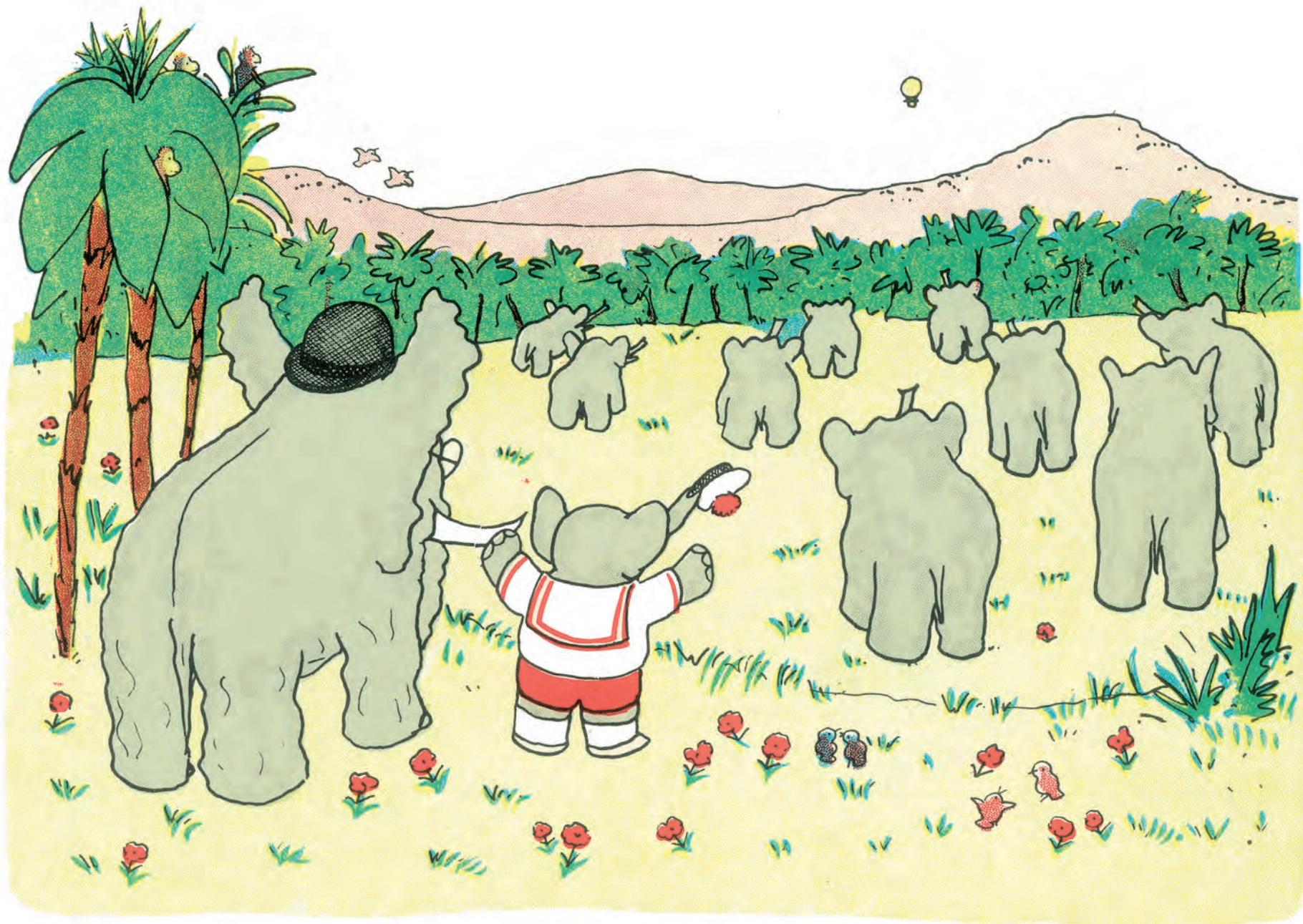




Babar, el joven rey de los elefantes,
y su esposa, la reina Celeste,
acaban de partir en globo
para hacer el viaje de bodas.
«¡Hasta la vista! ¡Hasta pronto!»,
gritan los elefantes
contemplando el globo que se aleja.
Arturo, el primito de Babar,
todavía agita la gorra.
El viejo Cornelio, que es el jefe de los elefantes,
cuando el rey no está, piensa inquieto:
«¡Ojalá no tengan ningún accidente!»





Ratachés está furioso.
Cornelio, muy enfadado, va a su encuentro y le dice:

«Estimado amigo, estoy desolado.
Arturo será castigado severamente
y te pide perdón».
«Vete, viejo Cornelio», refunfuña Ratachés.
«No me hables del alocado de Arturo.
¡Ah, os habéis burlado de mí!
¡Pronto tendréis noticias mías!»
«¿Qué va a hacer?», se pregunta Cornelio.
«No estoy tranquilo: es malo.
¡Ah, si al menos Babar estuviera aquí!»



Los rinocerontes están ya lejos y corren aún.
A Pamir y Ratachés les han hecho prisioneros;
avergonzados, bajan la cabeza.
¡Qué gran día para los elefantes!
Todos gritan: «¡Bravo, Babar, bravo!
¡Victoria! ¡Victoria!
¡La guerra ha terminado! ¡Ah, qué felicidad!»